

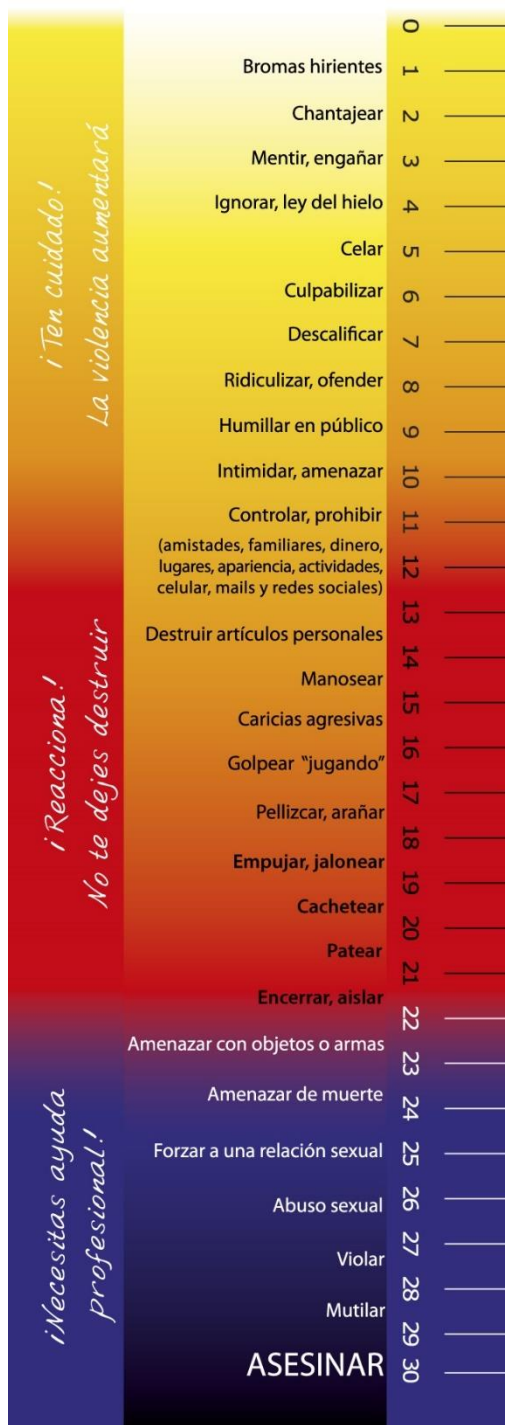
INMUJERES
INSTITUTO NACIONAL DE LAS MUJERES



VIOLENTÓMETRO

... Sí, la **violencia** también se mide

Reg. No. 03-2009-2021-1370900-01
Reg. No. 03-2013-00003-041-49600-01



Su rostro me persigue

Antes de morir, el papá de Fernanda le suplicó que dejara a Daniel. Su vocecita áspera le pidió que huyera de los brazos de su novio.

—Prométeme que en tu vida no va a estar ese cabrón —ésas fueron las últimas palabras que escuchó de su héroe eterno, el más fuerte, el invencible. De la nada le aparecieron unos tumores cancerosos en el pecho. Su cuerpo no aguantó el dolor quemante que le provocaron las quimioterapias. De un momento a otro se lo tragaría la tierra. Fernanda tenía 22 años y se sentía la mujer más sola del mundo. Su madre y sus hermanos eran fantasmas en su vida. Sin embargo, el rostro moreno de Daniel (ridiculizar y humillar) estaba siempre en su mente. Sólo una vez esa cara fea (ridiculizar y humillar) le pareció irreconocible.

Fue una noche de abril cuando sus amigos de la universidad organizaron una fiesta para recordar “viejos tiempos”. Fernanda reía sin respiro, encontraba por fin momentos luminosos en su vida gris y antisocial. Se escuchaba de fondo música poderosa, algo de Metallica, quizá. Daniel se notaba incómodo, fuera de lugar. Se entretenía bebiendo cerveza y fumando sus Marlboro blancos. No dejaba de mirar con desagrado cómo los amigos de Fernanda divertían a su novia. (celar) Minutos más tarde, fue al baño a refrescar su boca pastosa, por un rato vio sus dientes amarillentos en el espejo. Sintió asco. Cuando regresó a la sala de la casa ya no vio a Fernanda. Preguntó ansioso dónde estaba, pero nadie le hizo caso. Daniel empezó a recorrer rápidamente la estancia y el comedor. Salió al jardín, pero su búsqueda parecía no tener fin. Subió corriendo las escaleras ante las miradas incómodas de varios universitarios. Daniel sintió un poco de sudor en su cuerpo al momento de abrir una de las tres habitaciones. De inmediato reconoció las piernas blancas de Fernanda, que se asomaban de aquella minifalda negra que tanto le gustaba. Se acercó a la cama donde la encontró profundamente dormida. La despertó alterado con unos golpecitos en las mejillas (caricias agresivas). Fernanda tardó en reconocer el rostro duro de Daniel. El cuarto estaba casi oscuro y olía suavemente a cigarro. Las manos maltratadas de Daniel tocaron rápidamente los muslos tibios de Fernanda. Ella en un movimiento se sentó y cerró sus piernas largas.

—Qué te pasa, Fer, estamos solos, tranquila, nadie nos va a ver —Daniel era despreciable sin siquiera proponérselo.

—Hoy no quiero, déjame dormir un rato, ahorita bajo...

Daniel empezó a insistir. La tomó de los cabellos y la besó con una sonrisa altanera. Empezaron a forcejear (encerrar, aislar), pero el cuerpo fuerte de Daniel no daba señales de debilidad. Los movimientos de Fernanda eran inútiles. Sus ojos verdes lo miraban suplicantes. Daniel se disparó contra ella. Le propinó varias bofetadas (cachetear). En un instante, Fernanda vio descuadrada la cara de Daniel. Sólo escuchó que le gritaba:

—Si bien que te gusta coger, no te hagas pendeja. (forzar a una relación sexual)

La energía de su furia era lo que dominaba.

Fernanda se perdió entre sus lágrimas. Su cuerpo empezó a quedársele insensible. Minutos más tarde, se alejó del pecho pegajoso de Daniel, mientras sentía un escalofrío en sus brazos. Tenía la extraña Impresión de no saber en qué posición le habían quedado las piernas. Daniel le ordenó que se levantara y dejara de lloriquear, sonrió de un modo que a Fernanda le pareció siniestro. La impaciencia de Daniel no esperó. La jaló de los cabellos y la llevó hasta la entrada del cuarto(empujar, jalonear). La arrastró rápidamente por las escaleras sin soltarla ante la incredulidad de los invitados. Llegaron sin problemas a la puerta principal y avanzaron unos cuantos metros por la calle.

Eran las dos de la mañana, la luna apenas se asomaba y ofrecía un brillo tenue. Al llegar al corredor de la calle 28 de octubre, Daniel la estampó contra la pared(empujar, jalonear). Casi en ese instante sonó el celular de Fernanda, pero él se lo arrebató y lo estrelló contra el piso(controlar, prohibir). Nuevamente la tomó de su pelo liso y la obligó a que se hincara. Fernanda quiso defenderse, pero la furia de Daniel iba en aumento. Automáticamente, Daniel le dio una patada en el estómago y continuaron decenas en todo su cuerpo. La rabia invadió a Fernanda, pero conforme los golpes iban subiendo de intensidad, sintió un miedo terrible. Cada vez que recibía otro golpe quería irse, pero no sabía cómo. Fernanda se percató de que el tiempo se hacía lento, no podía respirar. Sentía una angustia nueva que le apretaba el estómago. Daniel era un toro, no se cansaba de lanzar puñetazos rápidos y feroces(cachetear, patear).

En segundos, el rostro atractivo de Fernanda se manchó de sangre, era de un rojo brillante. Daniel olvidó sus movimientos monótonos y comenzó a estrangular a su novia con la que llevaba 10 años. Se escuchó un ruido sordo. Cuando Daniel volteó, un señor que pasaba por la banqueta impidió que siguiera maltratando aquel cuerpo inmóvil. Fernanda vivió el momento más largo de su vida. Pensó que iba a morir. Sus amigos llegaron demasiado tarde. Daniel aprovechó la atención inmediata que recibió Fernanda para huir de la colonia San Sebastián, Toluca, en el Estado de México.

Jorge, el mejor amigo de Fernanda, la ayudó a que se incorporara poco a poco ante las miradas de desconcierto. Tomaron un taxi que milagrosamente apareció en el lugar. Fernanda no podía caminar, su cuerpo temblaba y su vista estaba fuera de foco. Su blusa gris ensangrentada alertó al chofer, que de inmediato aceleró su Pointer guinda-oro. Fernanda entró a la estancia de su casa, pero no estaban ni su mamá ni sus hermanos. Se zafó los tacones negros y caminó a ciegas apoyándose en la pared hasta llegar a su cuarto. Casi desmaya por su esfuerzo animal, se derrumbó como muñeca de trapo sobre la alfombra desgastada. Lloró en silencio con los ojos fuertemente cerrados en una expresión de dolor.

Al poco tiempo, su hermano y su primo la encontraron con un mal aspecto. Su hermano soltó un grito desesperado:

—A ese güey lo voy a matar (amenazar)—y salió corriendo junto con su primo en busca de Daniel. Nunca lo encontraron.

Media hora después, Fernanda rindió su declaración ante la Agencia del Ministerio Público Central de Toluca. Todo fue Incómodo para ella. Le preguntaron cosas inútiles: cómo te sientes, cuántas cervezas te tomaste, cada cuándo, era clara u oscura, tú lo provocaste o él te provocó. No quisieron ver que estaba golpeada y la mandaron a un cuarto para que la revisaran y detectaran

los golpes que servirían de evidencia. El cuerpo semidesnudo de Fernanda era iluminado por la cámara fotográfica de un médico legista. Minutos más tarde, ingresó al Hospital General de Toluca Lic. Adolfo López Mateos, ubicado en la colonia Universidad. Permaneció una semana hospitalizada. Los golpes despiadados de su novio le dañaron las cervicales del cuello y le destrozaron el codo izquierdo. Le diagnosticaron fractura de codo politraumatizada. Fernanda duró dos meses con collarín y le realizaron una cirugía de reducción de fractura abierta. El codo estuvo cuatro meses enyesado. Finalmente, la orden de restricción procedió y Daniel no podía acercarse a Fernanda a 100 metros de distancia.

Fernanda había conocido a Daniel en la Universidad Autónoma del Estado de México. Tenían 17 años y decidieron estudiar turismo. Nunca pensaron en una relación amorosa. Fernanda no sentía una atracción física por Daniel. Sus gustos eran totalmente opuestos a los que ofrecía ese chico alto, moreno y muy delgado. Tenía un rostro fuerte y se vestía pandroso: pantalones más grandes que su talla, playeras desfajadas, sudaderas llamativas y tenis toscos. Nadie quería a Daniel por su personalidad oscura, pero Fernanda lo conoció y de pronto todo fue más allá.

Cuando murió su papá ahí estaba siempre la figura de Daniel. Se sintió protegida a su lado. Su madre y sus hermanos la ignoraban, había un trato indiferente. A pesar del rechazo inicial de convertirse en su novia, Fernanda necesitaba esa dulce sensación de sentirse querida. Tenía miedo a quedarse sola y Daniel se convirtió en su rutina. Le encantaba su sentido del humor. Nunca había creído reírse tanto en su vida con las ocurrencias de ese chico enojón.

Un año después todo cambió. Fernanda se enteró de que Daniel tenía problemas de drogas y alcoholismo. El amor repentino se transformó en un infierno. Daniel empezó a obsesionarse y la relación se pudrió. Sin darse cuenta, Fernanda era una prisionera: no podía hablar con nadie, tenía prohibido frecuentar a sus amigos, no podía salir sin su permiso (controlar, prohibir). Se sentía obligada a marcarle al celular para avisarle que saldría a la tienda o preguntarle si estaba de acuerdo con el color de la ropa que se compraba.

Un día del amor y la amistad, Daniel telefoneó a Fernanda:

—Oye, necesito que te pintes el cabello de morado porque así me gustas más.

Ella lo hizo. Todo era Daniel. Todo para él.

Daniel se perdió entre las drogas y el alcohol, se volvió más violento y casi todo el tiempo no recordaba lo que hacía. El único camino de Fernanda era obedecerlo incondicionalmente para no molestarlo. Estaba enamorada y pensó que con el tiempo y su ayuda él dejaría las adicciones. Daniel se convirtió en un reto y en una obligación. En Daniel se negó Fernanda, pues no existía.

La primera golpiza llegó tras la llamada de unas amigas. Cada vez que sonaba el celular en presencia de Daniel se ponía nerviosa, le sudaban las manos. El celular era como una bomba de tiempo y no sabía cómo detenerla. Daniel le daba dos opciones: colgar o accionar el altavoz...

—Hola, Fer, dónde andas. ¿Vamos al cine, no? Lucía y Adriana quieren ver Belleza americana, cómo ves... —le dijo la güera Cecilia.

—Mmm, no sé, ahorita te marco, ¿no? —Fernanda respondió sin pensar ante la mirada vigilante de su hombre.

Daniel, con un tono agresivo, le preguntó a Fernanda:

—¿Por qué te buscan esas lesbianas?, se me hace que quieren contigo esas pendejas. (chantajear)

Acto seguido aplastó su celular con sus botas tipo militar. Daniel tenía un aire pesado y siniestro. Sin más, le soltó un derechazo seco a la altura de la mejilla izquierda (cachetear). Fernanda no quiso demostrar debilidad y se lanzó contra el cuerpo enjuto de Daniel. Comenzó a insultarlo.

—¡Cómo te atreves, estúpido!

La furia de Daniel aumentó, le jaló los cabellos y la acercó a su cara (Jalonear). Tenía el rostro tan cerca del suyo que Fernanda notó cómo su aliento le acariciaba la mejilla dañada.

—Es la última vez que te pones perra. Sabes que eres una puta y no sirves para nada, así que bájale a tus mamadas. ¡Otra de éstas y te voy a matar por zorra!, ¿entendiste? (amenazar de muerte)

Al momento de botarla, Fernanda se percató de que había llorado demasiado. Nadie la había golpeado y Daniel lo consiguió. Se sintió basura y se resistía a creer que era una puta. Sin embargo, Fernanda necesitaba a Daniel como al aire. En ese leve instante supo que después llegarían más golpizas. No le importó.

Al día siguiente, Daniel tocó la puerta de la casa de Fernanda y le llevó unas rosas rojas. Se notaba arrepentido y le prometió que jamás la tocaría. En total fueron ocho actos violentos, tres fueron unas "madrizas". La última casi fue mortal. La película que nunca vio Fernanda, empieza con una voz en off: "Me llanto Lester Burnham. Éste es mi barrio, ésta es mi calle, ésta es mi vida... En menos de un año estaré muerto".

—¿En qué momento decides salir de esta situación violenta y lastimosa? —se le preguntó a Fernanda.

—Cuando llegué a mi casa destrozada física y mentalmente. En ese instante pensé que no tenía necesidad de meterme en problemas. Ya no quería estar deprimida. Comencé a analizar la vida real y no la ideal. Daniel era la única persona que me apoyaba, pero ya no quería que manipulara mi vida, por eso lo demandé.

Muy lejos quedaron los conciertos de rock y los raves: momentos inolvidables que Fernanda pensó compartir plenamente con la persona indicada. Tal vez Daniel no era la persona que siempre buscó.

—¿Qué ha pasado con Daniel? ¿Te buscó en algún momento?

—Sus papás fueron a mi casa a pedirme que regresara con su hijo, que le retirara la demanda. Lloraban. Acepté quitarle la orden de restricción. Me comentaron que Daniel estaba muy mal en una casa de rehabilitación en Cancún, estuvo a punto de morir de una sobredosis y lo apoyé. Puedo decir que sí le salvé la vida. Estoy convencida de que soy la única persona que puede ayudarlo a salir de sus broncas. Aún no sé por qué se convirtió en una responsabilidad mía.

Fernanda sin querer entró a un laberinto enramado. Escapó de una pesadilla, pero empezaba otra. Quizá con el mismo dolor y asombro.

Jorge, su amigo favorito y cómplice, la traicionó. Jorge estuvo atento minuto a minuto a la evolución física de Fernanda. La invitó a salir en varias ocasiones para que tratara de olvidar el infierno que había vivido con Daniel. Se portaba caballeroso y siempre se enfadaba cuando Fernanda le platicaba cosas de su ex. Le insistía que los que esperan siempre encuentran lo inesperado, que pronto llegaría un hombre que la quisiera de verdad.

Al regreso de una fiesta familiar, Jorge le declaró su amor. Ella con extrañeza le respondió que no.

—Estoy saliendo de un momento muy difícil, es imposible, lo siento.

Jorge se congeló, miró de reojo sus labios delgados. Seguía conduciendo sin decir nada, veía continuamente por el retrovisor a la mamá, a la abuela y a la sobrina de Fernanda, que se encontraban en la parte trasera del auto. Jorge, sin saber, frenó su Corsa color arena a la altura del Desierto de los Leones y rápidamente se bajó del coche. Poco a poco, el cuerpo de Fernanda empezó a temblar. Jorge abrió la puerta y la sacó a jalones (jalonear). Sin perder tiempo, le lanzó un puñetazo en el estómago (Cachetear) que en segundos la dobló. La mirada de Jorge era de terror, era horrible de ver. Comenzó a patearla como un loco, eran momentos en que Jorge no podía resistir el rechazo de Fernanda.

—Bueno, cabrona, si no te gusta cómo te trato, yo también te puedo tratar mal.

Esas palabras perforaron el oído de Fernanda. Las otras mujeres bajaron para tratar de detener la golpiza, pero fue imposible: la fuerza brutal de Jorge las excedía. Jorge sentía como si hubiera hecho algo malo y por otro lado no. Fernanda recibía golpes tan fuertes que en realidad no le dolían, sólo escuchaba su sangre circulando por todo su cuerpo. Jorge, enloquecido, obligó a Fernanda a que subiera al auto y arrancó sin más. Dejó a la deriva a las otras mujeres en plena avenida.

En total fueron nueve horas de angustia. Mientras manejaba, la mano derecha de Jorge abofeteaba la cara estática de Fernanda (Cachetear), que no oponía resistencia. Un poco de sangre se asomaba por su nariz afilada. Estaba petrificada. No lo podía creer. El Corsa sólo se detenía para cargar gasolina. Fue prácticamente un secuestro exprés. Al amanecer, Jorge se estacionó en una calle solitaria y se quedó dormido, ya no podía manejar más. Fernanda aprovechó para escapar y tomó un taxi de regreso a su casa.

Nunca se tiene bastante y Fernanda no consigue estar en paz ni con ella ni con nadie. Casi un año estuvo con paranoia, encerrada en su pequeño cuarto. Continuamente sufre de insomnio y las pesadillas son parte de su sueño. No puede salir sola a la calle porque siente que la persiguen. Aquella universitaria de ojos verdes y mirada tierna, casi inocente, se volvió agresiva y desconfiada. La personalidad de Fernanda cambió para siempre.

Su vida cotidiana sigue casi intacta. Su familia es sólo una escenografía en casa y trabaja en una insufrible Afore. Cada vez que recuerda los golpes que le propinó Daniel, le tiemblan las manos y sus piernas se tornan azules, siente un frío intenso.

Fernanda recuerda todas las noches la voz moribunda de su papá. Se autodestruye por haber dudado de él. La noche insiste y toca sus pensamientos. Dicen que los muertos hablan más, pero al oído.

Días extraños

Nerud se sintió raro cuando vio a decenas de jovencitos salir eufóricos de la sala de cine. Observó con extrañeza que hace 12 años él era uno de esos quinceañeros que hacían tanto ruido por cualquier cosa. Le molestaban los gritos y las risas desenfadadas que se extendían rápidamente como el olor a mantequilla de las palomitas. Él en realidad quería ver Transformers. Sin embargo, Liz lo convenció y vieron Harry Potter y el Orden del Fénix en la pantalla IMAX-Perisur.

—¿Te gustó la película? Me encantó cuando Voldemort desaparece como fantasma y trata de dominar al pobre de Harry —dijo con cierto entusiasmo Liz.

—Sí, estuvo buena. Pero vámonos ya, **no soporto los gritos de estos mocosos (Descalificar)**...

Caminaron por la plaza y se detuvieron a comer un helado. Nerud, como siempre, acarició suavemente las manos pequeñas y frías de Liz. Le fascinaba el roce de sus dedos con esa piel blanca y delicada. Sus cabezas apenas se encontraban a 10 centímetros de distancia y podía oler su exquisito perfume de violetas.

Por primera vez, Nerud descubrió algo en los ojos de Liz: una mirada de acuario, una leve pero brillante luz. Fue un momento de resplandor. Nerud se quedó congelado mientras ella movía sus labios delgados hablando al vacío.

—¿Sabes?, mientras estés conmigo no te pasará nada...

Liz cortó de golpe su plática, no entendía lo que le decía aquel hombre moreno.

—¿Qué dijiste?, no comprendo nada.

—Que siempre te voy a proteger, donde estés...

—¡Ay, Nerud! Sabes que a pesar de todo te quiero. Me pongo muy contenta cuando me dices todo esto.

Enseguida Liz, emocionada, no tardó en abrazarlo. Le dio un beso en la mejilla. Fue un gesto tan dulce y cálido que aún Nerud lo recuerda como su tesoro más preciado.

Nerud y Liz se conocieron en una posada en diciembre de 2004. Ella tenía tan sólo 15 años y cursaba tercero de secundaria. Él se sentía incómodo en la fiesta, a sus 24 años le parecía infantil estar en ese lugar. Sin embargo, desde que llegó Liz lo atrapó de inmediato aquella mirada provocativa. **Es mi 'tonta' (Ridiculizar)**, pensó. Nerud se aferró y le dijo a sus amigos que esa "nenita" sería su novia, por el simple hecho de desearla.

En el transcurso de la reunión tomaron un poco, platicaron y rieron toda la noche, bailando al son de lo desconocido.

Bastaron unas cuantas citas para que Liz aceptara a Nerud como novio. Le gustaba que fuera atento y le diera muchos regalos. O quizá que fuera más grande que ella para presumirlo con sus amiguitas. Al mismo tiempo, Liz no escapaba de los conflictos habituales de su edad, tenía problemas continuos en su casa por faltar a clases e irse de pinta muy seguido. Al final a su familia

le Importaba poco o nada lo que hacía. En poco tiempo, en una bocanada, el consuelo de Liz era Nerud, y viceversa.

Él trabajaba casi todo el día en el Centro Histórico, vendía bisutería: artículos para el cabello, diademas, pasadores, pulseras y demás Joyas de adorno. No tenía tiempo para él. Salía a las ocho de la mañana y regresaba a su casa a las nueve de la noche por el rumbo de Martín Carrera. Nerud se sentía solo, creía que caminaba en sentido contrario a los demás.

A pesar de que su tiempo lo media un cronómetro, tenía espacio para escribirle cartas a su joven pareja, le hablaba por teléfono sin hostigarla, la invitaba a cenar o simplemente le regalaba todo lo inimaginable de Harry Potter: bufandas, corbatas, varitas, capas de mago, bolsas, mochilas, la taza mágica, figuras de los personajes, llaveros, monedas, relojes, playeras, un cuaderno llamado "Diario de las Cuatro Casas de Hogwarts", rompecabezas, plumas, revistas, y por su puesto todos los libros y las películas. Liz era fanática del mago de la cicatriz, coleccionaba todo.

El hermano de Liz le dijo tiempo después a Nerud:

—Pensamos que eras rico o que te habías sacado la lotería porque cómo gastabas con mi carnalita.

Tenían un poco de buena suerte, la suficiente para estar juntos. En esos años maravillosos, Nerud y Liz cantaban como siempre su rola "Again" de Lenny Kravitz.

Apenas habían transcurrido cuatro meses de noviazgo cuando surgió lo Inesperado: Liz decidió huir de su casa, ubicada en San Juan de Aragón. Ya no podía vivir en un lugar donde era difícil hablar y respirar. Le pidió ayuda a Nerud, quien le ofreció alojarse en su pequeño departamento que estaba enclaustrado en una vieja vecindad. Las viviendas restantes eran habitadas por sus papás y hermanos, tíos, primos, sus abuelos. Era una colmena enorme donde convivían cinco familias de manera independiente.

Toda la noche del 22 de abril, los padres de Liz estuvieron marcando a su celular, llamaron a sus amigos y conocidos para saber dónde se encontraba, pero nadie sabía nada. Los minutos eran lentos y desesperantes. Por un momento pensaron que la habían secuestrado. Una llamada de Liz terminó con la angustia. Se dirigieron a aquella fortaleza ubicada en la calle de Nicolás Bravo, delegación Gustavo A. Madero.

De inmediato le exigieron que regresara. Sin embargo, en un tono retador, la quinceañera les dijo que se quería quedar, que se sentía mejor ahí que en su propia casa. Sin respiro inventó de la nada que estaba embarazada. Pensó que con esta noticia la dejarían de molestar para siempre. El padre y la madre de Liz se quedaron en shock. En contra de su voluntad, no tuvieron más remedio que aceptar las reglas de su hija.

Liz ya no quiso seguir estudiando, no terminó la secundaria. Le dijo a Nerud:

—Para qué voy si nos vamos a casar después.

En ese momento, Nerud sólo pensaba en ella y en su trabajo. No veía un futuro promisorio con Liz pero la quería. Era un vuelo imprevisible entre el marchito aire de la ciudad.

Pasó el tiempo y todo iba bien, o eso pensó Nerud. Al cumplir tres años de novios iniciaron las primeras discusiones. Los celos invadieron la mente de Nerud porque le llegaron versiones de que Liz se la pasaba con un hombre mientras él trabajaba. Trató de aclarar la supuesta infidelidad de su novia pero ella siempre evadía el tema.

Nerud insistió en que era mejor despejar los rumores porque la relación se estaba pudriendo. Le costaba confiar en ella. Liz se sintió acorralada y comenzó a insultarlo con tanto desdén que no tardó en gritarle de una forma enfermiza (Chantajear):

—Yo no soy tu llaverito, ¿eh, cabrón?, soy tu mujer y me respetas... Si quieres que estén listas tus cosas hazlas tú, yo no soy tu gata... Eres un mediocre (Humillar).

Nadie le había gritado a Nerud con tanta rabia, ni siquiera sus padres cuando era un adolescente rebelde. Nadie se había atrevido a cuestionarlo, a "ponérsele al brinco". En ese momento, no soportó que una jovencita de 18 años le hablara con tanto desprecio, pero contuvo heroicamente el humor de mil demonios que hervía por todo su cuerpo. Cuando escuchaba esos gritos, su rostro cambiaba de color a un rojizo cobre que le hacía resaltar sus ojos negros. Enseguida lo invadía un pequeño tic en el labio inferior derecho. Sentía que una cubeta con agua hirviendo recorría lentamente su cabeza.

Las señales infieles fueron más y las explicaciones de Liz menos. Su novia se ausentó del departamento una semana porque iría de vacaciones con su mamá. Antes de que regresara, Nerud se enteró de que su suegra había estado en su casa, en el Distrito Federal. Nunca supo realmente dónde fue ni con quién.

En otra ocasión, Nerud encontró accidentalmente en el diario de su chica una serie de recaditos: "Por el momento ya no puedo verte —le decía a su ex— porque mi cuñada ya se enteró". Nerud salió muy molesto de la habitación, como un toro castrado, y la esperó inquieto en la sala mientras llegaba de trabajar. Liz había conseguido empleo en una tienda de cosméticos con la hermana de Nerud, en un local de Venustiano Carranza, en el Centro Histórico.

Al escuchar la chapa de la puerta, Nerud dio un brinco tan torpe que casi pierde el equilibrio. Liz lo miró de una forma sospechosa y le preguntó si todo estaba bien...

—Es precisamente lo que quiero saber, porque creo que nuestra relación ya no funciona. Tú no quieres hablar de nada, y ya me cansé, estoy simplemente fastidiado. ¡Estoy harto de tus mentiras! —gritó con tanta fuerza que le dolieron los pulmones (Intimidar)...

—Tienes razón, está bien, como quieras —respondió indiferente Liz y se fue directamente a la recámara.

A Nerud ya no le importaba si Liz lo quería o no. Sólo deseaba estar libre y descansar su mente. Sabía que su pequeña maga no era honesta y le dio un vuelco el corazón. Salió a la calle a ningún lugar, sólo quería caminar y pensar. Prendió un cigarrillo mientras la noche se hacía más vieja. Siguió caminando por varios minutos buscando explicaciones en el vacío.

Reconocía que ya no era aquel chico atento y eso lo frustraba un poco. En ciertos momentos era distante y arisco con Liz. Pero no sabe en qué momento se le acabó el amor. Sabía que estaba

celoso por la presencia de un hombre que ni siquiera conocía. El amor es elección y él ya no era el elegido.

La tristeza de Nerud carecía de límites, por eso decidió alejarse. Adiós a lo que duele tener o abandonar. Adiós a la mala nostalgia que no deja dormir por las noches. En una de tantas fiestas, su prima la mayor le dijo a Nerud:

—Yo que tú dejaba de tomar. Mira a tu novia ahí sentada, aburridísima. Seguro se va a buscar a alguien más si no cambias tu actitud arrogante.

Un poco agotado por el insufrible trayecto Perisur-Martín Carrera, Nerud se quitó su chamarra de mezclilla y la botó en el sofá. Los boletos del cine cayeron, pero le dio flojera recogerlos. Mientras tanto, Liz se dirigió a la cocina a beber un poco de agua. Puso su vaso conmemorativo de Harry Potter en el fregadero y se sentó al lado de su novio, de su amante, de... realmente no sabía qué era Nerud en esos días. Sólo quería tener más sábados como el que estaba viviendo.

Liz estaba juntando dinero para rentar en otro lugar, sentía que tenía que partir tarde o temprano. Tal vez con una amiga o con una tía. Pensaba que con su mayoría de edad podría llegar un mejor tiempo. Asimismo, Nerud le dijo que se tomara las cosas con calma, que no se precipitara al vacío. Tanto Liz como Nerud eran adolescentes que no tenían su mente en claro. A veces el silencio caía en sus frentes.

Sentados en la sala, Nerud recibió una llamada de sus amigos para ir al Bol Montevideo AMF que está en la colonia Lindavista, pero no se sintió con muchos ánimos. Se quedó en casa a ver televisión y se le ocurrió pedir una pizza hawaiana. En la televisión había basura y le dijo a Liz que pusiera Gladiador, su película favorita.

—Está en los cajones del buró, búscala ahí, porfa —le contestó desde la cocina...

Nerud se levantó con cierta pesadez al cuarto. Encontró rápidamente el DVD que se escondía entre papeles, aretes y pulseras. Antes de cerrar el cajoncito de madera vio una foto de alguien que no era él.

—Ah, ¡eres tú, cabrón!, mucho gusto en conocerte —dijo para sí mismo y se la guardó en el pantalón.

Media hora después, mientras veían la película, Nerud le preguntó a Liz:

—Oye, ¿y quién es ése de la foto?

—¿Cuál foto, de quién me hablas? —contestó ella sin sobresaltos.

—La que tienes escondida en el buró, es tu ex, ¿verdad? Lo sabía...

Rápidamente Liz corrió hacia el cuarto a revisar sus cosas, su bolsa, y le reclamó furiosa a Nerud:

—¡Por qué esculcas mis cosas, cabrón! (Controlar) Sabes que me choca que andes vigilando todo lo que hago.

Nerud entró a la habitación y la tomó fuerte del brazo... (Jalonear)

—Sólo te estoy preguntando quién es, nada más.

—¿En verdad quieres saber? Es mi ex novio, ¿contento?

—No, no estoy contento. ¿Sabes qué?, ¡mejor ya vete! Ya no quiero verte, ya no puedo dormir en la misma cama que tú... Ya no seas cínica, por favor. ¡Mentirosa!

Aquellas palabras la horrorizaron tanto, que sintió que una descarga eléctrica recorría su cuerpo... Empezaron a forcejear entre insultos y caras de rencor. Se hicieron mucho daño. (Empujar)

—¿Y tú qué?, sólo me ilusionaste para nada. ¡Mírate dónde estás, estúpido! Yo me largo con mi ex, es lo que tuve que hacer desde el principio. ¡Él si es un hombre!... —y de repente voló una lámpara que casi golpea la cabeza de Nerud (Amenazar con objetos), quien alcanzó a esquivarla de milagro. Incontables trozos de vidrio cayeron desperdigados, provocando un ruido inquietante, como si se hubieran estrellado dos coches a máxima velocidad.

Al escuchar esos gritos rabiosos, Nerud sintió mucho coraje y desilusión. Su rostro comenzó a cambiar de color a un rojizo cobre que le hacía resaltar sus ojos negros. Lo invadió el mismo tic en el labio inferior derecho. En esos instantes lo único que deseaba era hacerle daño. En segundos sintió un impulso destructivo. Tomó con la mano derecha sus tijeras para cortar alambre que se encontraban en la cama y con un odio brutal las enterró en el cuello de Liz (Asesinar). De inmediato se escuchó un aullido ensordecedor de mil gargantas. Las tijeras de acero penetraron nueve centímetros en aquella piel blanca. Los ojos de Liz casi explotaron. La sangre fluía como un volcán en erupción.

Pasaron cinco segundos y Nerud se espantó terriblemente. Sintió miedo cuando vio toda la sangre derramada en el cuerpo de Liz, en su cuerpo, por todos lados. Quiso abrazarla, pero ella lo alejó desesperada con las manos, quizá pensó que le iba hacer más daño. Nerud comenzó a gritar y a llorar:

—¡Perdóname, perdóname! ¡Por favor, perdóname! En ese momento, Liz estaba agonizando y el dolor eran tan quemante que se arrancó las tijeras del cuello con las últimas fuerzas que tenía para respirar. Se desangró aún más. La sangre viva escurría, no paraba de fluir: un río rojo desbordaba el cuarto. Las tijeras quedaron junto a la figura inmóvil de Liz. De repente, una voz masculina dijo con sorpresa: —¿Qué hiciste, Nerud? —era su hermano menor. Sergio vio que la pared cercana al clóset estaba ensangrentada y el piso tenía una gran mancha roja brillante.

Sergio vio el cuerpo indefenso de Liz, lo cubrió con una toalla blanca y llamó a una ambulancia y a una patrulla. Al igual que su hermano, no sabía qué hacer. Los paramédicos nunca llegaron. Liz murió de una hemorragia profunda. Nerud estaba sentado en la taza del baño, desconocido, ausente. Sintió una masa de aire al interior de su cuerpo, un aire insecticida que lo mataba por dentro. Era asfixiante vivir en esos momentos.

A los pocos minutos llegó el padre de Nerud, quiso vomitar, no lo podía creer. Le dijo a su hijo que tomara las llaves de su auto y que se diera a la fuga.

—Vete ahora que puedes.

Nerud estaba tan desconsolado que alcanzó a decir:

—No tengo por qué huir. Yo no quería hacerlo, no pude hacer nada por ella —Nerud creía que el corazón se le saldría del pecho.

Poco después llegaron varios policías judiciales al departamento y uno de ellos se dirigió al baño donde estaba Nerud sentado en el piso, con su cabeza sepultada entre las manos. Todavía la sangre, un poco seca, se le notaba en los brazos y en la ropa.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?

—Sí.

—Acabas de arruinar tu vida, hijo.

Nerud era incapaz de hablar, su voz no dijo nada. El judicial lo tomó de su hombro dócil y se lo llevó a la patrulla.

—¿Por qué lo hiciste?

—los celos me cegaron, me desconocí en ese momento. Si pudiera regresar el tiempo no lo haría, pero es una fantasía, eso lo sé. Recuerdo a Liz y la extraño... Me siento solo aquí adentro. Cuando miro hacia atrás, hoy pienso que fueron unos días extraños.

Nerud tiene 29 años y está preso en el reclusorio norte por homicidio calificado. Le dieron una sentencia de 15 años y tres meses. En estos momentos está a punto de terminar la preparatoria y quiere estudiar la carrera de psicología.

Veneno para gato

Subir a ese juego mecánico con Mariana fue un riesgo para Miguel y él lo sabía. Su amor era así: de largas y rápidas pendientes que le arrancaban el estómago, y subidas montañosas donde encontraba un poco de respiro. Luego giros inesperados.

Era un sábado 14 de Julio de 2007. Miguel estaba emocionado y sorprendido de durar tanto con una mujer a sus 24 años. Su única relación larga habla sido apenas de nueve meses. Deseaba abrazar fuertemente a Mariana y decirle, mirándole sus ojos miel, que amarla era una larga costumbre.

Esa tarde nublada cumplían tres años de novios. Tenían planeado ir a Six Flags y divertirse como un par de adolescentes. Miguel en su cartera de piel sintética tenía 400 pesos, justa cantidad para pagar las entradas. Mariana se haría cargo de la comida y de las sodas italianas. El Focus gris de Miguel se detuvo en avenida Revolución y Barranca del Muerto para cargar un poco de gasolina. Todo iba normal hasta que el despachador avisó que el auto no tenía anticongelante. Miguel tuvo que comprarlo. Segundos después, vio el suelo pensando qué haría con los 120 pesos que le quedaban. Mientras escuchaban la radio, Mariana empezó a desesperarse y decía continuamente que ya quería llegar, que fuera más rápido. Casi una hora después ingresaron al parque de diversiones, con un pequeño préstamo que Miguel obtuvo de su chica. Para su mala fortuna comenzó a llover y varios juegos tuvieron que cerrar. Su frustración crecía con los desplantes de Mariana: se formaban por largos y lentos minutos y al final ella desistía subir al juego.

Para las cuatro de la tarde, Mariana le sugirió a Miguel ir a comer porque sus tripas comenzaban a crujir. A pesar de ser su novia, Miguel sintió una desconfianza inquietante, tenía pena de decirle que no tenía dinero y que sólo la acompañaría. Mariana sabía cómo manejar la situación. Ahora ella tenía el poder. Sacó su tarjeta de crédito y le pasó su clave para que sacara el dinero. Le dijo a Miguel que no se preocupara, que quitara esa cara de niño regañado. Se hizo un silencio impreciso. Por un instante, Miguel miró los labios carnosos de Mariana como si no los conociera y le resultaron atractivos.

Al salir del cajero, Miguel dobló de forma triangular los billetes y los guardó en su cartera. A Mariana no le pareció bien que maltratara su dinero y empezó con una serie de reclamos que subieron de tono. Miguel de inmediato la soltó de la mano y le dijo:

—Basta, deja me calmo. (Chantajear)

—¡Te calmas, la chingada!! —le gritó Mariana (Humillar) con una potencia que ninguno de los dos hubiera creído capaz. Dio media vuelta y se perdió entre la gente.

Miguel, con extrañeza, miró cómo su chica se iba alejando.

Segundos más tarde, le marcó a su celular, pero ella no contestó. Miguel seguía insistiendo, desesperado, preocupado porque ella no tenía dinero para moverse. Por fin entró la llamada. Miguel, con el corazón acelerado, buscó a Mariana, que se encontraba sentada en una banqueta cerca del Carrusel.

Le pidió una vez más que ya no hiciera sus "panchitos" y menos en un día tan especial Y sin más le extendió el montón de billetes. El rostro blanco de Mariana comenzó a cambiar y se puso de un rojo infernal. En un movimiento le arrebató el dinero y soltó varios dardos filosos de su boca: (Humillar o descalificar)

—Voy a comprar algo y si quieres tragar cómprate lo tuyo... Ten, idiota, a ti te hace más falta que a mí.

Sin titubear, le arrojó con desprecio un billete de 200 pesos a la cara. Miguel se sintió como una cucaracha aplastada. Lloró de tristeza y de coraje. Nadie lo había humillado así, se quedó pasmado. Mariana era su amor, el más dulce y el más amargo.

—No me hagas esto, por favor... Mariana, sabes que eres mi adoración, hoy no, por favor...— Miguel le suplicaba desconsolado. Veía cómo a su tercer aniversario lo arruinaba su escorpión venenoso.

Miguel conocía los antecedentes amorosos de su chica, pero no les dio importancia. Un ex novio de Mariana trató de suicidarse en un puente peatonal de la calzada Ignacio Zaragoza, quiso saltar por los desaires de la mujer escorpión. En el mundo del horóscopo, los escorpiones son explosivos y consiguen todo lo que se proponen con relativa facilidad. Son carismáticos y no les gusta que les ordenen. Así era aquella joven esbelta, de lentes de pasta y ojos miel. El gesto de su cara blanca tenía un leve aire de arrogancia.

Mariana Regó al corazón de Miguel con una frase:

—Tú me gustas para novio y mereces ser feliz.

Miguel sintió de repente que una gran luz cubría su cuerpo, no esperaba tanto resplandor. Cursaban el segundo semestre de Administración Industrial en la Unidad Profesional Interdisciplinaria de Ingeniería y Ciencias Sociales y Administrativas (UPIICSA).

Miguel tenía poco tiempo de haber terminado una relación y no le interesaba una chica formal sino “amigas cariñosas”. Pero hubo algo en Mariana que lo hipnotizó. Fue todo el fuego del sol en un parpadeo. Tenían un sexo magnifico, intenso. Miguel penetraba a Mariana tan suave y sencillo que resultaba casi irreal. Lo hacían casi siempre en la casa de Miguel, que vivía por la Cabeza de Juárez, Iztapalapa. Aprovechaba que su mamá trabajaba todo el día en la Sagarpa, y que no tenía papá ni hermanos.

Miguel no sabía si le encantaban más esos detalles de Mariana, sus cartas llenas de ternura e ilusión o cuando le decía "mi bebecito precioso". Miguel se percató que ordenaba su destino, que caían en su jardín dones del cielo.

La felicidad no es para siempre y a Miguel le duró muy poco. Mariana comenzó a celarlo con sus amigos, se ponía histérica cuando llegaba cinco minutos tarde a una cita, siempre le decía:

—Eres un estúpido, ¿dónde andabas, idiota? (Controlar), para la otra me voy a ir con el primero que vea.

Miguel era muy sensible y se ponía a llorar. No soportaba escuchar sus insultos feroces, veía cómo le salían gusanos cada vez que abría la boca.

Hubo un tiempo en que todo eran peleas. Y casi siempre por el factor monetario. Mariana le reclamaba a Miguel por no tener recursos suficientes, tarjetas de crédito, ropa de marca, visitas a los antros de moda. Al principio compartían gastos, pero se volvió una costumbre que Miguel pagara todo. Diario buscaba la forma de llevar dinero a su cartera, le inventaba a su mamá gastos escolares para comprarte regalitos a su amada.

Llegó el 28 de octubre, cumpleaños de Mariana, y Miguel, como la mayoría de los universitarios, no tenía dinero. Tuvo que vender su laptop para llevarla a comer al Mohelli de Coyoacán, le compró un gran ramo de girasoles —sus flores favoritas—, y caminaron juntos por el barrio de Santa Catarina. Por fin había momentos de dulzura. Consiguió tranquilizar a Mariana, que horas antes había discutido con sus papás, su pasatiempo favorito.

Dos días después, Miguel explotó contra su "nena", la maldijo para siempre (Amenaza). Se sentía raro porque nunca tenía malos pensamientos contra ella. Descubrió en la papelera del correo electrónico de Mariana una carta dirigida a su ex novio Anderson: "No sé por qué no me llamaste en mi cumpleaños, pensé mucho en ti, ¿sabes? Estuve muy triste ese día y ni siquiera me la pasé bien. Te mando muchos besos como los que te gustan".

Miguel imprimió la carta infame y la esperó afuera de su trabajo, cerca del aeropuerto capitalino. Tenía una cara de decepción y coraje. Mariana pronto se dio cuenta de que las cosas no marchaban bien...

—Te noto raro, qué tienes, ¿pasa algo? —preguntó Mariana un poco intrigada al momento de subir al microbús.

—Dime qué buscas con esto, qué poca madre tienes. Hasta eres tonta porque no lo borraste — Miguel le extendió la hoja y en segundos tocó el timbre y se bajó del micro. La creyó sepultada para siempre de su vida.

Sin embargo, le bastaron unos besitos a Mariana para que la perdonara. Los amigos de Miguel se aburrían de él, de su mismo discurso cursi. Le decían:

—Ya mándala a la verga, es sólo una chavita wannabie, una fresa naca, no te mereces eso.

Pero Miguel siempre la puso en un altar. Siempre se repetía como una oración religiosa:

—Mariana, no nací para perderte.

Era tanto el amor de Miguel que le regaló un anillo de compromiso. Dicen que el amor es idolatría, endiosar a una criatura. Así veía a Mariana. Pensó que ese detalle los uniría para toda la vida. Ahorró dinero durante tres meses, evitó las borracheras con sus amigos. La llevó al Monte de Piedad del Centro Histórico para que lo escogiera y no hubiera problemas. El anillo era de oro de 14 kilates, con una pequeña piedra brillante. Le costó 1 900 pesos.

Miguel preparó una cena especial en su casa para dárselo, aprovechando que su mamá se iba de congreso a Puerto Vallarta. La pequeña casa estaba alumbrada por diminutas velas y en su cuarto había sábanas blancas y pétalos de rosas. La escena perfecta para los amantes perfectos. En un hermoso tulipán puso el anillo y sus ilusiones. Tal vez a Mariana le entró pánico o simplemente quiso arruinar la noche.

—Quédate con tu anillo de fantasía, yo no quiero estar comprometida, **eres un perdedor** (**Humillar en publico**), ya no te quiero. Recuérdalo siempre, yo no soy tu mercancía —Mariana salió de la casa y tomó un taxi.

Miguel se quedó solo y desconsolado. No sólo tenía que soportar humillaciones, pronto llegarían los golpes. La primera vez que Mariana le pegó fue en el auto de su mamá. Salían del cine y por no reírse de un chiste malo, **lo cacheteó en un acto de locura...** (**Golpear**)

—Oye, nena, qué te pasa por qué me pegas, nunca te he agredido. Eres una idiota —fue también la primera vez que lo insultaba.

Las agresiones subieron un poco más. Miguel estaba jugueteando con Mariana en el jardín de su casa y pisó sus tenis nuevos, les dio el "remojo". En un arranque de ira Mariana se lanzó contra el cuerpo de Miguel y **lo empezó a rasguñar en la cara** (**arañar**) como un gato traicionero, lo jaló de los cabellos con tanta fuerza que vio sus dientes afilados. Miguel se percató de que le escurría sangre de las mejillas, veía pequeños puntitos rojos sobre el suelo gris...

—¡Cálmate, Mariana, estás tonta!

Empezó a forcejear (**Jalonear**), pero ella seguía con su furia animal, como poseída por el diablo. Comenzó a morderle de forma desesperada los brazos y **luego le soltó varias patadas en las espinillas** (**Patear**). Notó que Mariana estaba muy agitada y que a pesar de eso nunca se iba a cansar, hasta que le dio un fuerte empujón.

—¡Estás idiota! Es la última vez que me tocas, es la última vez que me haces esto. Una vieja de la Merced tiene más corazón que tú, maldita zorra. ¡Te odio! —Miguel le gritó sin piedad (humillar) mientras se tocaba el rostro ensangrentado.

Al volver a su casa, Miguel deseaba que su "nena" le llamara por teléfono y le pidiera disculpas, y eso pasó.

—Perdóname, mi amor, no sé qué me pasó, lo siento de verdad —Miguel escuchaba esa vocecita inocente. Mariana era una súper actriz.

—Oye, dime una cosa, ya no me vas a pegar, ¿verdad? —le preguntó ingenuamente Miguel.

—No, mi amor, ya no. Pero yo creo que tú tienes la culpa por no controlarme, cuando me ponga así, sólo abrázame.

Miguel duró tres años y medio con Mariana. Llegó un momento en que pensó que no servía para nada: se retrasó en la escuela, con su mamá no tenía una buena relación y con su novia casi siempre había discusiones. Su autoestima estaba por los suelos. Bastaba una frase de Mariana para saltar al abismo.

Un día cualquiera, Mariana le advirtió a Miguel:

—Nunca voy a dejar a mis amigos por ti. (Amenazar)

Esas palabras le partieron el alma. Llegó a su casa con una angustia contenida. Sentía que nadie lo comprendía. Nada lo podía consolar. Se sentó en el sillón viejo de pana café y prendió la televisión para quitarse de la cabeza la voz amarga de su chica. Retándose a sí mismo, se dirigió a la cocina y buscó el veneno para gato que el novio de su mamá había comprado para matar a esos animales sucios que defecaban en el patio. Disolvió varias cucharadas en un vaso con agua y en tres sorbos se lo tomó. En pocos segundos su cuerpo ardía por dentro. Inmediatamente, Miguel comenzó a quitarse la sudadera y la camisa, se jalaba los cabellos con una fuerza demencial. Alcanzó a escuchar un leve sonido de su celular, contestó, y era Mariana. No pudo oírlo que decía y se derrumbó.

Miguel se arrastraba como un perro herido y gritaba desesperadamente pidiendo ayuda. Sentía cosquilleos constantes en su cabeza, como si una plaga de hormigas saliera de sus ojos y de sus oídos. Con la fuerza que le restaba, Miguel pudo alcanzar el patio y lanzó sus últimos gritos de dolor. Mientras se revolcaba, se percató de que le salía espuma blanca de la boca y sus piernas temblaban sin descanso. Ya no podía ver nada, su vista era la de un anciano. Quedó inconsciente.

Su vecinito Omar, de 13 años, le salvó la vida. Se saltó la barda de la casa y llamó a urgencias. Los paramédicos del ERUM lo trasladaron a la clínica La Guadalupeana, donde le realizaron un lavado de estómago con carbón activado para eliminar el veneno que invadió su cuerpo.

Dos horas después despertó acostado en una camilla, volteó sin querer y vio un rostro que se parecía al de su madre. Le preguntó dónde estaba Mariana, quería saber algo de ella. Su mamá sólo movía la cabeza con desagrado.

Sin titubear, le pidió que le prometiera que nunca más la volvería a ver. Miguel guardó silencio. Sólo quería aliviarse pronto para ir buscarla, pero encontró reproches:

—Por tu culpa, tu familia ya no me quiere. (Culpabilizar)

Miguel se cubrió de una tristeza desabrida.

El cuerpo y la mente de Miguel estaban desgastados. Le reprochaba a Mariana su actitud histérica.

—No porque seas mujer tienes derecho a pegarme —le decía sin resultados.

La última vez que vio a su novia escorpión fue en diciembre pasado, cuando le dio una crisis nerviosa en la avenida Boulevard Puerto Aéreo.

Era viernes de quincena y tenía que pasar por ella a su trabajo. Había un tráfico insufrible en la ciudad por las fiestas navideñas. No quería que Mariana lo insultara otra vez por llegar tarde, pero los autos de enfrente no avanzaban. La boca se le secó dejándole un aliento amargo, tal vez era la resaca de la salmonelosis que le dio semanas antes por comer unos pescuezos rostizados.

Por fin llegó con Mariana y al regreso empezaron los reclamos. Su voz chillante provocó que a Miguel le sudaran las manos al volante. Le pidió que se tranquilizara, pero el enfado de su novia era incontrolable. Miguel no sentía las piernas, perdía el movimiento poco a poco. Sólo se movían sus ojos saltones. La lengua se le hinchó y no podía hablar. Mariana llamó alterada a una ambulancia de la Cruz Roja, pensó que Miguel se ahogaba en un respiro. Estaban tan asustados que no se dieron cuenta cuando llegaron los paramédicos. En el auto lograron relajarlo, respiró profundamente y en minutos comenzó a recuperar el movimiento. Volteó a ver a Mariana con mucho coraje...

—Por qué te pones así, Miguel, qué te pasa, no me hagas esto —protestó Mariana indignada.

—Son tus berrinches, estoy harto de que me grites, estoy cansado de seguir así—le contestó muy cerca de su rostro exageradamente maquillado.

—Haz lo que quieras... Ya llévame a mi casa, estúpido (Amenazar) —reviró enojada Mariana, mientras masticaba un chicle de menta.

—Lo mejor es terminar, tu presencia me enferma.

—¿Eso es lo que quieres?, ¿estás seguro? —Mariana le preguntó en un tono desafiante—. Siempre me vas a necesitar...

—¡Ya no me molestes! Los golpes que me diste nunca los voy a olvidar, espero que nunca te agredan. Si en la calle me ves, no te conozco. ¡Ahora bájate de mi carro, perra desgraciada!

Miguel aceleró y vio por el retrovisor a Mariana, que se alejaba poco a poco. Le pareció un poco gorda.